

guiente «la colecta pesa sobre los pobres siempre impotentes, muchas veces insolventes,» y todos estos privilegiados que arruinan al contribuyente, causan el déficit del Tesoro.

VI

Una palabra para terminar. En las ciudades es en donde se busca refugio, y, en efecto, comparadas con el campo, las ciudades son un refugio. Pero la



ABATE TERRAI

das, pagan todavía; la carga anual se ha hecho perpetua; nunca el fisco abandona la presa: en chupando una vez chupa siempre. «Por esto en Bretaña, dice un intendente, no hay ningún pueblo en que los gastos no excedan á los ingresos.» No pueden recomponer sus calles, no pueden reparar sus caminos, «sus cercanías son casi impracticables.» ¿Cómo harían para sostenerse, obligados, como lo están, á pagar después de haber pagado ya? Sus consumos aumentados habían de dar en once años las 606.000 libras convenidas; pero transcurridos esos once años el fisco, pagado ya, conservó sus exigencias, aunque en 1774 habían dado ya 2.071,052 libras y el derecho provisional de consumos continúa. Después, este derecho exorbitante pesa en todas partes sobre los artículos más indispensables á la vida, y de esta manera el artesano está más gravado que el burgués. En París, como ya hemos visto, el vino paga por bocoy de 133 azumbres, 47 libras de entrada: dado el valor del dinero en aquella época, es el doble de

miseria sigue en ella á los pobres; porque de una parte están cargados de deudas, y, por otra, la camarilla que las administra echa el impuesto sobre los indigentes. Oprimidas por el fisco, oprimen al pueblo y echan sobre él la carga que el rey impone á ellas. Siete veces en ochenta años, como dice Tocqueville, 64.363, les volvió á tomar y revendió el derecho de nombrar sus funcionarios municipales, y para pagar «esta hacienda enorme» doblaron sus derechos de consumo. Al presente, aunque libera-

ahora. «Un rodaballo, salido de la costa de Harfleur y llegado en posta, paga de entrada once veces su valor; por consiguiente, el pueblo de la capital está condenado á no comer pescado de mar.» A las puertas de París, en la pequeña parroquia de Aubervilliers, encuentro excesivos derechos sobre «el heno, la paja, los granos, el sebo, la espelma, los huevos, el azúcar, el pescado, las faginas y la leña,» como puede verse en las quejas de la parroquia citada. Compiègne paga toda su contribución por medio de un impuesto sobre bebidas y ganados. «En Toul y Verdun las cargas son tan pesadas, que casi no viven en ellas sino los que deben permanecer allí en virtud de su empleo y los que en virtud de antiguas costumbres consienten en permanecer.» En Coulonmiers «el mercader y el pueblo están tan gravados, que repugnan en acometer empresa alguna.» En todas partes, contra los consumos, las puertas y los investigadores es profundo el odio popular. En todas partes la oligarquía burguesa piensa en sí

misma antes que en sus administrados. En Nevers y Moulins «toda la gente rica halla modo de sustraerse á la colecta por medio de diferentes comisiones, ó por la influencia que gozan con los recaudadores, de manera que se tomaría por verdaderos mendigos á los colectores de Nevers del año actual y del precedente; no hay ya aldeas pequeñas, cuyos colectores sean insolventes, porque se toman para eso granjeros.» En Anger, «independientemente de las indemnizaciones y de la cera que consumen el

fondo anual de 2.127 libras, el dinero público se disipa y se emplea con conocimiento de los funcionarios municipales en gastos clandestinos.» En Provenza, cuyos municipales se imponen libremente el reparto, y parece deberían proteger al pobre, «la mayor parte de las ciudades, particularmente Aix, Marsella y Tolon, no pagan sus cupos locales y generales, sino con el derecho de *estaca* (PIQUET).» Es esta una contribución «sobre todas las harinas que hay y se consumen en su territorio,» por ejemplo, de



VAUVENARGUES

254.897 libras que gasta Tolon, el derecho de *estaca* ó *piquet* da 233.405. Así todo el impuesto cae sobre el pueblo, y el obispo, el marqués, el presidente, el negociante acaudalado, pagan menos por su comida de pescado fino y de becasas que el calafate ó el faquín por sus dos libras de pan untado con ajos. ¡Y el pan en este país estéril es ya harto caro! ¡Y es tan malo, que Malouet, el intendente de la marina, no lo quiere para sus empleados! «Señor, decía en el púlpito M. de La Fare, obispo de Nancy, en 4 de Mayo de 1789: Señor, el pueblo en que reináis ha dado inequívocas pruebas de su paciencia. Es un pueblo mártir á quien parece haberse dejado la vida con el solo objeto de hacerle padecer más largo tiempo.»

VII

«Soy miserable porque me lo quitan todo. Se me quita demasiado porque no se cobra bastante á los

privilegiados. No solamente los privilegiados me hacen pagar en su lugar, sino que todavía perciben á costa mía sus derechos eclesiásticos y feudales. Cuando de mi renta de 100 francos he dado 53 ó más al colector, preciso es todavía que entregue más de 14 al señor y más de 14 por el diezmo, y de los 18 ó 19 francos restantes he de pagar, además, al investigador de bodegas y al carabinero. Yo solo, hombre infeliz, pago dos gobiernos, uno antiguo, local, que ahora está ausente, es inútil, incómodo, humillante, y no obra más que con sus trabas, con sus injusticias y sus contribuciones; y otro reciente, central, presente en todas partes, que encargándose por sí solo de todos los servicios, tiene necesidades inmensas y gravita sobre mis débiles hombros con todo su peso enorme.» Tales son, en palabras precisas, las vagas ideas que empiezan á fermentar en las mentes populares, y se las halla á cada página en los documentos de los Estados generales.

«Permita el cielo, dice una aldea de Normandía, que el monarca tome la defensa del miserable ciudadano lapidado y tiranizado por los comisionados, los señores, la justicia y el clero.» «Señor, escribe una aldea de Champaña, todo lo que se nos decía de parte vuestra era siempre para sacar dinero. Bien se nos daban esperanzas de que esto acabaría, pero todos los años era peor.

»Nosotros no os culpábamos á vos, tanto nos amáis, sino á los que empleáis y que mejor saben hacer su negocio que el vuestro. Nosotros creíamos que os engañaban y nos decíamos en nuestra tristeza: ¡Si nuestro buen rey lo supiera!... Estamos abrumados á impuestos de toda clase; nosotros os hemos dado hasta aquí una parte de nuestro pan y va á faltarnos bien pronto si eso continúa... Si vierais las miserables chozas que habitamos, el infeliz sustento que tomamos, os conmovierais; ello os diría mejor que nuestras palabras, que no podemos más, y que es necesario que nos aliviéis. Lo que mucho nos apesadumbra es que los que más hacienda tienen, son los que menos pagan. Nosotros pagamos las contribuciones y lo que es debido á los alojados, y los eclesiásticos y los nobles, que tienen mayor hacienda, no pagan nada de todo eso. ¿Por qué pues han de ser los ricos, los que paguen menos y los pobres los que paguen más? ¿Acaso cada uno no ha de pagar, según sus recursos? Señor, os suplicamos que sea esto así, porque eso es lo justo... Si osáramos hacerlo, probaríamos á plantar algunas viñas en los collados; pero estamos tan atormentados por los comisionados de auxilios, que primero pensaríamos en arrancar las que están plantadas; todo el vino que hiciéramos sería para ellos, y sólo nos quedaría la fatiga. Es un gran azote toda esa gabela, y para escapar á él, se prefiere dejar las tierras incultas... Libradnos desde luego de los alcabaleros y de los aduaneros; padecemos mucho con todas esas invenciones; este es el momento de cambiarlas; mientras las tengamos, nunca seremos dichosos. Os lo suplicamos, Señor, con todos vuestros vasallos que están tan acabados como nosotros... Muchas otras cosas os pediríamos, pero no podéis hacerlo todo á la vez.» Los impuestos y los privilegios; hé ahí en los escritos verdaderamente populares, los dos enemigos contra los cuales no se agotan las quejas. Estamos aplastados bajo las peticiones de subsidios... nuestros impuestos son superiores á nuestras fuerzas... No nos sentimos con fuerzas para soportar más... perecemos aterrados bajo los sacrificios que de no-

sotros se exigen... El trabajo está sujeto á una cuota y la vida ociosa no... El más desastroso de los abusos es el feudalismo y los males causados por él son mucho mayores que los del rayo y el granizo... Imposible es subsistir si se continúa percibiendo las tres cuartas partes de las mieses por derechos de señorío y otros. El propietario tiene la cuarta parte, el diezmero, la doceaba, el gavillero, otra doceaba, el impuesto, la décima, sin contar las mermas de una caza innumerable que devora las plantas tiernas: no le queda pues al desdichado labrador sino el dolor y la fatiga.» ¿Por qué paga el Tercer estado solo los caminos, sobre los cuales corren en carroza la nobleza y el clero? ¿Por qué los pobres son los únicos obligados á servir en el ejército? ¿Por qué el «subdelegado no hace apremiar á los indefensos y á los que no tienen protección?» ¿Por qué basta con ser criado de un privilegiado para eludir el servicio militar? Derribad estos palomares que no eran antes sino pajareras y que ahora contienen á veces hasta 5.000 pares de palomos. Abolid los bárbaros derechos de «gleba *quevaise* y dominio revertible» bajos los cuales más de 500.000 individuos gimen aún en la Baja Bretaña.» «Tenéis en nuestro ejército, Señor, más de treinta mil siervos del Franco Condado;» si uno de ellos llega á oficial y se retira con una pensión, necesario es que vaya á vivir á la barraca en que nació, pues de lo contrario, cuando muera el señor, se apoderará de su peculio. Basta de prelados ausentes y de abades comendadores. «No nos toca á nosotros pagar el déficit actual, sino á los obispos, á los beneficiados; disminuíd á los príncipes de la Iglesia los dos tercios de sus rentas.» Que el feudalismo sea abolido. El hombre, el labrador, sobre todo, está tiránicamente esclavizado sobre la tierra desdichada en que languidece disecado. No hay libertad, prosperidad, ni dicha, allí donde las tierras son esclavas. Abolamos los lotes y ventas, alcabala bursátil y no feudal, contribución mil veces pagada á los privilegiados. Que le baste al feudalismo su cetro de hierro sin que todavía añada á él, el puñal del negociante» (1). En este punto y desde hace ya algún tiempo, no es el labriego, quien habla, sino el procurador, el abogado que le presta sus metáforas y sus teorías. Pero el abogado no ha hecho mas que traducir al lenguaje literario, los sentimientos de los labriegos.

(1) Prudhomme, *Resumen de Actas*, III.



CAPITULO III

Estado de los cerebros populares.—Incapacidad mental.—Cómo las ideas se transforman en leyendas.—Incapacidad política.—Cómo se interpretan las noticias políticas y los actos del gobierno.—Impulsos destructores.—En qué se ceba la ciega cólera.—Desconfianza contra los jefes naturales.—De sospechosos se hacen odiados.—Disposiciones del pueblo en 1789.—Reclutas y jefes de insurrección.—Cazadores furtivos.—Contrabandistas y matuteros de sal.—Bandidos.—Mendigos y vagamundos.—Aparición de los salteadores.—El pueblo de París.

I



EN la actualidad, para comprender sus actos, sería menester que viéramos el estado de su espíritu, el tren corriente de sus ideas, la manera como pensaban. Pero á la verdad, necesitamos hacer un retrato y no bastan los detalles que acabamos de dar acerca de su condición? Se les conocerá más adelante por sus mismos actos, cuando en Turena azotaran con sus zuecos al alcalde y al adjunto de su elección, porque obedeciendo á la Asamblea Nacional redactaron esos dos infelices la lista de la contribución, ó cuando en Troyes, arrastraron ó destrozaron en las calles al venerable magistrado que les mantiene en aquel mismo instante y que acaba de hacer testamento á su favor. Tomad el cerebro todavía basto, de uno de nuestros labradores contemporáneos y reducid de él todas las ideas que hace 80 años penetran en ella por tantos conductos, con la escuela primaria instituída en cada aldea, con el regreso de los quintos tras siete años de servicio, con la maravillosa multiplicación de los libros, de los diarios, de las carreteras, de los ferrocarriles, de los viajes y comunicaciones de todas clases (1). Tratad de imaginaros

al labriego de aquel tiempo, cercado y encerrado de padre á hijo, en su lugar, sin caminos vecinales, sin noticias, sin otra enseñanza que el sermón del domingo, dedicado por completo al cuidado del pan de cada día y del impuesto «con un aspecto miserable y extenuado» (palabras del marqués de Mirabeau) no osando reparar su casa, siempre atormentado, desconfiado, apocado el espíritu, y por decirlo así, estropeado por la miseria. Su condición es casi la misma que la de su buey ó de su asno y tiene las ideas de su condición. Durante largo tiempo ha continuado embotado «carece hasta de instinto,» según la frase de un director de auxilios de Coulommiers; maquinalmente y sin levantar los ojos tira de su arado hereditario. En 1751, de Argenson escribía en su diario: «Nada les interesa hoy de las noticias de la corte; ignoran el reinado... La distancia cada día se hace mayor entre la capital y la

provincial de Auch «la mayor parte de la campiña está sin maestros de escuela ni presbíteros.» En 1779 el correo de París no llega á Tolosa sino tres días á la semana, el de Tolosa por Alby y Rodez, etc., dos veces por semana; por Beaumont, San Girons, etc., una sola vez. «En el campo, dice Theron de Montaugé, se vive, por decirlo así, en la soledad y el destierro.» En 1789 el correo de París no va á Besançon más que tres veces á la semana. (Arturo Young, I, 257 .

(1) Theron de Montaugé, 102, 113. En el Toulousain, de 50 parroquias 10 tienen escuela. En Gascuña, dice la Asamblea